

LA HERMANA CLANCY

Por **LAWRENCE MAXWELL**

La hermana Clancy era una ancianita irlandesa que vivía completamente sola en Nueva York. Oyó decir que se iban a celebrar algunas reuniones de la Biblia en un gran auditorium cerca del curto que ella llamaba su hogar; y como ella amaba la Biblia, decidió ir.

Se enteró de que el nombre del predicador era Carlyle B. Haynes. Ella no sabía que el Sr. Haynes era un pastor adventista. Continuó asistiendo noche tras noche sumamente interesada en lo que se presentaba. Una noche el pastor Haynes habló acerca del diezmo. Leyó las palabras que se encuentran en el tercer capítulo de Malaquías: "traed todos los diezmos al alfolí..., y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde".

La hermana Clancy escuchó atentamente. Nunca antes había oído que Dios pide a todos que paguen el diezmo, en toda su vida nunca había pagado diezmo. Le pareció que debía hablar del asunto con el predicador.

Cuando le dio la mano a la salida, le dijo:

-Predicador, yo tengo una pregunta. Quiero que me escuche cuidadosamente todo lo que yo a decirle antes de contestarme.

"La cosa es así, Sr. Haynes. Soy viuda. No tengo ninguna entrada de dinero excepto seis dólares que un sobrino me manda semanalmente. Vivo en un cuarto, y pago de renta 4,50 por semana. Eso me deja 1,50 para comprar mi alimento y mis ropas, para todo. Ahora bien, si yo pago el diezmo, como Ud. dijo esta noche, sería la décima parte de 6,00, o sea, 0,60 centavos. Eso me dejaría 0,90 centavos para vivir toda la semana. Dígame, pastor, ¿debo pagar el diezmo?"

El pastor Haynes tenía deseos de decirle:

-El Señor puede arreglarse sin su diezmo, Hna. Clancy.

Pero luego pensó: ¿Quién soy yo para decirle a alguien que no necesita obedecer a Dios? De modo que le dijo:

-Hna. Clancy, Dios le pide a Ud. que pague el diezmo, y si Ud. lo hace, él la bendecirá.

-Yo he confiado en él durante toda mi vida -respondió la Hna. Clancy-, y todavía él nunca me ha fallado. Confiaré en él esta vez también.

Una semana más tarde, cuando el pastor Haynes estaba en la puerta saludando a la gente, la Hna. Clancy depositó algo en su mano. ¡Eran sesenta centavos!

A la semana siguiente la Hna. Clancy hizo lo mismo. El pastor Haynes sólo tuvo tiempo para preguntarle:

-¿Andan todas las cosas bien?

-¡Oh, es admirable! -le respondió ella sonriente.

Otra noche tuvieron un poco más de tiempo para conversar, y en esa oportunidad la Hna. Clancy exclamó:

-¡Nunca me ha ido tan bien, pastor! La gente me trae cosas: pan y fruta y otras cosas. Nunca antes lo hicieron. ¡Estoy viviendo mejor ahora con noventa centavos de lo que nunca lo hice con \$1,50!

Unas pocas semanas más tarde, mientras el pastor Haynes estaba estudiando en su oficina, oyó una vigorosa llamada a la puerta, y cuando la abrió se encontró con la Hna. Clancy. Paseándose frente a su escritorio con un dejo de picardía en su expresión, dijo:

-Ahora tienen que respetarme. Soy una mujer rica. Dov gracias al Señor porque ha sido muy bueno conmigo.



Cuando el pastor consiguió que se calmara y se sentara, le dijo:

-Cuénteme ahora qué ocurrió.

-Bueno -comenzó ella-, he estado pagando el diezmo, y Ud. dijo que el Señor iba a bendecirme si yo lo hacía. ¿Recuerda Ud. ese, sobrino que me mandaba seis dólares por semana? Escuche ahora esto. Me mandó una carta y me decía: "Querida tía: durante mucho tiempo he querido mandarte más de seis dólares pero no he podido hacerlo. Finalmente conseguí un aumento en el sueldo. De manera que aquí te mando diez dólares, y de aquí en adelante te mandaré diez dólares por semana".

-¿Ve, ahora, pastor? Mi diezmo sube ahora a un dólar y mi renta permanece igual, \$1,50. Eso me deja \$1.50 para mí: tres veces más de lo que tenía antes de comenzar a pagar el diezmo. ¡Oh, pastor, yo no sé lo que voy a hacer con todo mi dinero! El Señor ha sido bueno conmigo, sumamente bueno.